

X

Más cristiano que rey, encerrado durante muchas horas con el padre Hebert, su confesor, empleó en resignarse estos momentos críticos que las catástrofes más desesperadas dejan aún á los grandes caracteres para reasir la fortuna. Cuatro ó cinco mil combatientes, teniendo por campo de batalla el palacio del rey, con tropa disciplinada, con artillería, caballería, un rey á la cabeza, una reina intrépida, unos niños inocentes en medio de ellos, una Asamblea indecisa á la puerta, la legalidad y la Constitución de su parte, y al ménos, la opinion dividida en la nacion, podian acaso rechazar las masas confusas y desordenadas que la insurreccion conducia lentamente hácia el palacio, romper las columnas del pueblo que no se aumentaban sino con los indecisos que atraian, destruir á los marseleses que eran odiados en Paris, barrer los arrabales, reunir los batallones indecisos de la fuerza cívica por el prestigio de la victoria, imponer á la Asamblea en que la mayoría dudaba aún el dia anterior, volver á tomar en un momento el ascendiente de la legalidad y de la fuerza, hacer llamar á Lafayette y á Luckner, reunirse con las tropas en Compiègne, poner al rey en el centro del ejército entre el extranjero y su pueblo, y hacer retroceder á la vez á la coalicion y á la revolucion en pocos dias; mas para esto se necesitaba un héroe: la monarquía no tenia más que una víctima.

LIBRO VEINTIUNO.

Valor y actitud de la reina.—Ayuntamiento insurreccional constituido en la casa de la ciudad.—Arresto simulado de Petion.—Asesinato de Mandat.—Santerre es nombrado en su lugar para el mando general de la guardia nacional.—Interior del palacio.—Las damas de la reina.—La duquesa de Maillé.—Rœderer.—Crece el número de los sitiadores.—El rey pasa revista á sus tropas.—Doble espíritu de la guardia nacional.—Danton arenga á los marseleses.—Se vuelve á su casa para esperar los acontecimientos.

I

Durante las largas horas de esta noche y las primeras del amanecer, la reina y madama Isabel pasaban alternativamente de la cámara del rey á la en que dormian sus hijos, y de allí á la sala del Consejo, en donde estaban los ministros en sesion permanente. Atravesaban las salas ocupadas por una multitud de defensores suyos, ocultando sus lágrimas é inspirando por su serenidad aparente, por su sonrisa y sus palabras la confianza que aún no habian perdido. La presencia de estas dos princesas, errantes por la noche por aquel palacio en medio de las armas, una reina y madre temblando á la vez por su marido y por sus hijos, una hermana querida temiendo por la vida de su hermano, y ambas insensibles á sus propios peligros, era la más elocuente llamada á la compasion, á la generosidad y al valor de los defensores del palacio.

María Antonieta, á quien los folletos de sus enemigos representaron en esta noche terrible como una furia coronada, que llevaba la exaltacion hasta el delirio y el abatimiento hasta las lágrimas, tan pronto declarando que se haria clavar en las paredes de su palacio, como presentando pistolas al rey aconsejándole el *suicidio*, no tuvo estos arrebatos ni estas debilidades: tan digna y tan natural, tan distante de afectar heroísmo como de manifestar abatimiento, cumplió con lo que su sexo, su rango, su calidad de esposa, de madre y de reina exigian que cumpliese en aquel momento por tantos y tan diversos títulos. Elevada al nivel de toda su ternura, de su grandeza y de sus catástrofes, su alma, su fisonomía, sus palabras y sus actos reflejaron fielmente toda la grandeza del solio en aquellas tremendas horas. Y aunque como mujer, como madre, como esposa y como reina, se vió amenazada en todos sus sentimientos, temerosa, confiada ó desesperada, se consolaba ó desconsolaba segun las circunstancias; empero esperaba sin delirio y desconfiaba sin abatimiento. Las fuerzas y la ternura de su alma fueron iguales á los golpes del destino; no lloró de debilidad, sino de amor, y se enterneció por sus hijos, ocultando sus angustias y su dolor por el respeto que se debia á sí misma, al trono, á la sangre de su madre María Teresa y al pueblo que la contemplaba.

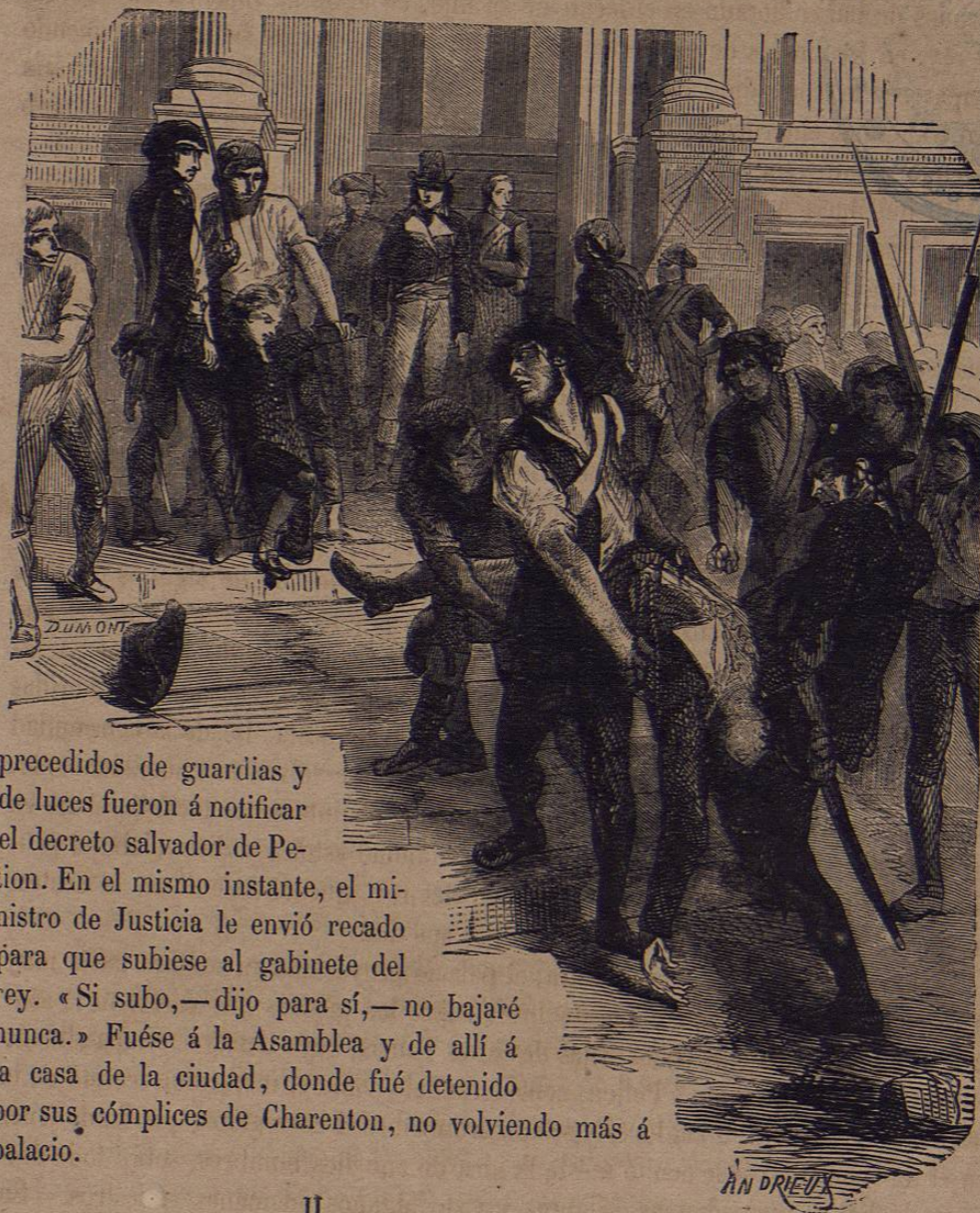
Después de haber llorado en el lecho de su hijo, en el de su hija, en las rodillas del rey, en los brazos de su hermana y de su amiga, enjugó su llanto, haciendo desaparecer lo encendido de sus ojos, reapareciendo delante de la multitud seria pero tranquila, enternecida pero firme, con el corazón destrozado sin duda, pero sabiendo dominarse.

Tal fué María Antonieta durante las veinticuatro horas que sucedieron á tantas crisis, y que no fueron capaces de agotar su valor. Mujer como lo son todas, pero más inspirada por la naturaleza que por la política, y más á propósito para sufrir heroicamente que para dirigir las circunstancias extremas, estuvo á la altura de ellas en la acción más que en el consejo.

El rey había hecho llamar á Røederer, procurador síndico del departamento de París. Petion aún no había llegado á palacio. Por fin vino y dió cuenta al rey del estado de París, rehusando al mismo tiempo dar pólvora al comandante general Mandat, que se quejó de no tener más que tres tiros por hombre. So pretexto del excesivo calor que hacía en el gabinete del rey, Petion salió de él, llevando consigo á Røederer, bajando juntos al jardín. Allí se vió rodeado de algunos oficiales municipales de su confianza y de otros jóvenes de la guardia nacional, que cantaban y retozaban á su alrededor. Este grupo de magistrados y de guardias nacionales se paseaba tranquilamente á la luz de la luna por la azotea que está á orillas del río, hablando y riendo como si hubiesen estado de fiesta. Desde la extremidad de la azotea oyeron tocar llamada en el palacio, al que volvieron inmediatamente. El cielo estaba puro, el aire en calma, oyéndose distintamente tocar á rebato en los arrabales. Petion, que afectaba una impassibilidad estoica y disimulaba el peligro, dijo á Røederer que subiese al cuarto del rey, quedándose él en la azotea, cerca de la escalera principal, temiendo por sus días.

Aunque la noche no fuese oscura, el palacio proyectaba su sombra hasta muy lejos en el jardín. Se habían puesto luces sobre las piedras que cercaban la azotea. Algunos granaderos de las Hijas de Santo Tomás, cuyo batallón estaba situado en ella, y que aborrecían á Petion, considerándole como el instigador secreto de la insurrección, apagaron las luces y se apiñaron sobre el corregidor, queriendo tener en él un rehen. No se le ocultó á éste la idea de aquellos hombres, sobre todo después de haber oído algunas palabras y visto algunos ademanes siniestros. «Su cabeza responderá de los acontecimientos de la noche», —dijo un granadero á sus camaradas. Ocultando sus temores bajo un aspecto tranquilo, Petion se sentó en el pretil de la azotea en medio de algunos oficiales municipales, á corta distancia de los granaderos y afectando hablar tranquilamente parte de la noche con los que le rodeaban. En palacio y entre las filas de los defensores del trono se murmuraba en voz alta que, habiendo tenido la audacia de ir á desafiar á los realistas, era preciso retenerle y exponerle á los golpes que él preparaba á la monarquía. Un oficial municipal llamado Mouchet, viendo la posición embarazosa de Petion y advertido por un signo de inteligencia del corregidor, se apresuró á ir á la Asamblea nacional y habló á muchos de sus miembros. «Si no mandais en seguida que el corregidor de París se presente en la barra, va á ser asesinado», —les dijo.

Luis XVI, arrodillado delante de Dios, con el corazón más dispuesto al perdón que á la venganza, no pensaba en un asesinato; pero la Asamblea fingió creer en un designio criminal de la corte, y mandó comparecer al corregidor. Dos ujieres



precedidos de guardias y de luces fueron á notificar el decreto salvador de Petion. En el mismo instante, el ministro de Justicia le envió recado para que subiese al gabinete del rey. «Si subo, —dijo para sí,— no bajaré nunca.» Fué á la Asamblea y de allí á la casa de la ciudad, donde fué detenido por sus cómplices de Charenton, no volviendo más á palacio.

II

Éra ya más de medianoche; todas las ventanas de las Tullerías estaban abiertas, todos escuchaban atentamente las campanas, y cada uno señalaba sucesivamente el cuartel, la iglesia ó la torre de donde salía la llamada de la revolución.

En la ciudad, los paisanos salían de sus casas á este ruido y esperaban en los umbrales de las puertas para seguir el torrente que quisiera arrastrarlos. Las secciones, convocadas insurreccionalmente desde las diez, habían deliberado casi en secreto y enviado cada una sus comisionados á la casa de la ciudad para reemplazar el ayuntamiento por otro insurreccional. El mandato unánime y concertado de estos comisionados era tomar todas las medidas que exigiese la salud de la patria y la conquista de la libertad. Estos hombres, reunidos sin oposición en la casa de la ciudad en número de ciento noventa y dos, se constituyeron dictatorialmente en municipalidad, conservando en su seno á Petion, Danton y Manuel, nombrando

Mandat es asesinado en la escalera de la casa de la ciudad.—
Pág. 483.

presidente interino á Huguenin, del arrabal de San Antonio y orador que fué de la petición del 20 de Junio. Tallien, jóven patriota de veinticinco años y redactor de un periódico titulado *El Amigo de los Ciudadanos*, fué elegido secretario del ayuntamiento. Esta municipalidad se convirtió desde las once de la noche en comité director de los movimientos del pueblo y en gobierno de la insurreccion. Petion, preso simuladamente para salvar en él el decoro de la ley, no tomó parte en los actos de aquella noche.

El comandante general Mandat, hombre confiado y que respondia atrevidamente del rey al pueblo y del pueblo al rey, concluyó sus últimas disposiciones en fe de órdenes que Petion habia firmado como corregidor de Paris, enviando quinientos hombres con artillería á la casa de la ciudad para guardar el paso del arco de San Juan, por el que debia salir la columna del arrabal de San Antonio, situando tambien un batallon con dos piezas en el Puente Nuevo para disputar su paso á los marseleses, rechazarlos en el arrabal de San German y echarlos hácia el Puente Real, desde donde las baterías del pabellon de Flora los destruirian en cuanto apareciesen. A estas disposiciones, buenas en sí mismas, no les faltó sino tropas capaces de ejecutarlas. Apénas Mandat habia dado estas órdenes, cuando otra orden de la municipalidad le llamó á la casa de ayuntamiento, para dar cuenta del estado del palacio y de las medidas que hubiese tomado para mantener la tranquilidad en Paris.

Al recibir esta orden, Mandat dudó entre sus presentimientos y su deber legal. Segun la ley, la municipalidad tenia á sus órdenes á la guardia nacional y podia residenciar á su comandante. Mandat, por otro lado, ignoraba que esta municipalidad, cambiada violentamente por las secciones, se hubiese convertido en comité de insurreccion. Consultó con Røederer, que ignorando tambien el cambio ocurrido en la casa de la ciudad, le aconsejó que fuese. Mandat, como advertido por un presagio interior, buscaba pretextos, inventaba excusas y trataba de dilatar su ida cuanto le fuese posible. En fin, se decidió, y su hijo, jóven de doce años, se empeñó en acompañarle. Mandat montó á caballo, y seguido de aquel niño y de un solo ayudante de campo, fué por los diques á la casa de la ciudad. Al subir los escalones del vestíbulo, su alma se turbó al aspecto de aquellas caras austeras y desconocidas, y comprendió que tenia que responder á los conspiradores de las medidas tomadas para impedir el buen éxito de la conspiracion. «¿De orden de quién—le dijo Huguenin—has doblado la guardia del palacio?» «Por orden de Petion»,—respondió balbuceando el desgraciado Mandat. «Enseña esa orden.» «La he dejado en las Tullerías.» «¿Cuándo se te ha dado esa orden?» «Hace tres dias; yo la presentaré.» «¿Por qué has hecho marchar la artillería?» «Porque cuando un batallon marcha, le siguen sus cañones.» «¿La guardia nacional no ha detenido á la fuerza á Petion en palacio?» «Eso es falso; los guardias nacionales han tenido deferencia y respeto al corregidor de Paris. Yo mismo le he saludado cuando he salido.» Durante este interrogatorio se depositó en la mesa del Consejo general una carta de Mandat al comandante del puesto de la casa de la ciudad. Al momento se pidió que fuese leida; su contenido era una orden al comandante del batallon para que dispersase á los insurrectos atacándoles de flanco y por retaguardia. Esta carta fué la sentencia de muerte de Mandat. El Consejo dispuso que se le condujese á la Abadía, y el presidente hizo una señal con la mano, cuyo sentido

se adivinó bien pronto. Un pistoletazo tendió en los escalones de la casa de la ciudad al infortunado comandante, y las picas y los sables le concluyeron. Su hijo, que le esperaba en el vestíbulo, se precipita sobre el cadáver de su padre, disputándole en vano á sus asesinos. El cuerpo de Mandat, arrojado al Sena, hizo desaparecer la órden de Petion.

Se ha acusado del crimen á aquel en cuyo interes fué cometido; la historia, severa en cuanto á la doblez de espíritu de Petion, no le acrimina de haber manchado nunca sus manos con sangre. Sirvió á la revolucion con sus debilidades y con su complicidad moral, pero nunca con el asesinato. La orden de hacer fuego al pueblo, si se hubiese encontrado, acusaba á la municipalidad entera. La muerte de Mandat destruyó el único testimonio que habia. Esta muerte, ejecutada por manos desconocidas, no clamó contra nadie, y las aguas del Sena cubrieron la responsabilidad del ayuntamiento. El Consejo nombró en seguida á Santerre comandante general de la guardia nacional en lugar de Mandat. Petion, que entonces entraba en su casa de vuelta de la Asamblea, encontró á su puerta seiscientos hombres que envió allí Santerre para resguardarle en su casa y para defender su vida contra las asechanzas de la corte.

III

La noticia de la muerte de Mandat, llevada á las Tullerías por su ayudante de campo, causó gran consternacion en el ánimo del rey y de la reina, y produjo mucha vacilacion en la guardia nacional. Lachesnaye, comandante de batallon, tomó el mando; pero ocupada la casa de la ciudad por las secciones, con una municipalidad revolucionaria y con un comandante general como Santerre, nada era la fuerza moral en sus manos. La suerte de Mandat le presagiaba la suya. Los dos puestos avanzados de la casa de la ciudad y del Puente Nuevo habian sido forzados; el arrabal de San Antonio, en número de quince mil hombres, desembocaba por el arco de San Juan; los marseleses y el arrabal de San Marcelo, en número de seis mil hombres, franquearon el Puente Nuevo. Una multitud inmensa de curiosos engrosaba al parecer este ejército del pueblo, dándole la apariencia de más de cien mil combatientes. Estos dos cuerpos se iban á reunir en el dique del Louvre para avanzar sin obstáculo hácia el Carrousel. La gendarmería de á caballo, formada en batalla en el patio del Louvre, viéndose sitiada en todos los portillos, no pudiendo cargar contra las paredes en el recinto estrecho en donde la habian encerrado, murmuraba de sus jefes y se dividió en dos destacamentos; el uno continuó ocupando inútilmente el patio del Louvre, y el otro fué á formarse en batalla en la plaza del Palacio Real. Por el lado de los Campos Eliseos, de la plaza Vendome y de la calle de San Honorato, ningun obstáculo contenia la afluencia del pueblo; masas inmensas bloqueaban el jardín.

El procurador del departamento, Røederer, al saber la muerte de Mandat y la instalacion de un Consejo insurreccional, escribió al Consejo del departamento para que fuese á palacio para tomar providencias contra la nueva municipalidad, ó á ratificar sus órdenes. El departamento, sin más imperio sobre el pueblo que la ley rota entre sus manos, envió comisionados al rey para concertarse con Røederer. Estos eran los señores Leviellard y Fauconpret, Lefebvre d'Ormesson y Beau-